

tica, ni incipiente siquiera, el asiento del impuesto; la seguridad de encontrar obstáculos en dondequiera que se intentara reintegrar á la Federación en el aprovechamiento de sus recursos legales, retenidos por las administraciones locales, que necesitaban vivir y que, en realidad, administraban la bancarrota y capitulaban con la anarquía, autorizaban todos los pronósticos pesimistas y mostraban el punto negro que pronto se convertiría en el final desastre de nuestra nacionalidad: nuestro pueblo, que, como decía por entonces un prelado poeta mexicano, *mandar no sabe, obedecer no quiere*, iba fatalmente á la impotencia y á la absorción norteamericana.

Los ministros de Juárez formularon un programa financiero, que, sin excluir en la práctica (lo que era imposible por la brega cerrada con las necesidades de la vida cotidiana) el expediente premioso y el llamamiento al agio, el cáncer de nuestro erario, el parásito invasor que nos había impedido vivir, y las transacciones ruinosas con las avidedeces de los partidarios, trazaba el plan racional de las reformas viables de nuestro sistema hacendario, plan que todavía es, en sus líneas directrices, el que nos ha permitido aprovechar y fomentar, cada vez más normalmente, nuestra transformación económica: recoger y concentrar la recaudación y administración de los impuestos; hacer uso de una política de transacciones perennemente revisables en materia de tarifas; crear el *timbre* con la tendencia de transformar la base de nuestras rentas haciéndola interior principalmente; buscar una nivelación posible del presupuesto (sin lograrlo nunca, aunque en la práctica emparejaba los ingresos con los egresos el implacable nivel de la necesidad), organizar la cuenta del Tesoro y perseguir el peculado y el fraude hasta donde fuera posible; tal fué, substancialmente, el programa. Un hombre dotado de paciente energía, de increíble laboriosidad y de honradez intachable, más bien gran oficinista que gran financiero, tuvo principalmente á su cargo la realización de una obra que sólo profundas modificaciones económicas han podido sacar con el transcurso del tiempo de la órbita de lo ideal.

La situación política facilitaba cada día menos tamaña empresa. Desde la víspera del triunfo los estadistas que formaban el Consejo oficial de Juárez, todos resueltos á aplicar la Constitución, pero decididos á sobreponer á ella (así lo habían hecho en Paso del Norte) la salud de la República, comprendieron que urgía modificarla para hacerla viable. Y perfectamente seguros de que estas modificaciones no se obtendrían de los Congresos exaltados que debían preverse, sino muy tarde y muy deficientemente, creyeron que debían, dado el carácter profundamente anormal de aquel momento histórico, llamar al país votante á una manifestación plebiscitaria que reformase la ley fundamental desde los colegios electorales: tratábase de reforzar el poder ejecutivo por medio del veto; de impedir el despotismo neurótico de la Cámara popular obligándola á compartir su poder con un Senado, y, seguros de que el partido liberal triunfante, al encontrarse sólo con el cadáver del partido retrógrado á los pies, se dividiría en banderías personalistas, trataron de dar vida legal á un partido conservador sometido á las instituciones, pero aspirando á modificarlas por los medios legales, y para ello creyóse lo más eficaz devolver el voto al clero, excluido por la Constitución.

La idea que informaba este audacísimo plan, menos en lo relativo al clero, era acertada en conjunto; el procedimiento plebiscitario fué un funesto error. Los descontentos, los antiguos adversarios de Juárez, los más ó menos disimuladamente enemigos de Lerdo (á quien se atribuía toda la tentativa), levantaron el guante, lo convirtieron en una bandera constitucional y el plebiscito fracasó lastimosamente; tuvo ya razón de ser una oposición que se reclutó entre lo más florido y elocuente del partido constitucionalista, y hasta la candidatura de Juárez, que era una necesidad de honra nacional, halló opositores en todos los grupos que acababan de obtener la victoria.

En la formación de la Cámara aseguró el Gobierno una mayoría; pero una mayoría poco sumisa y asaz indisciplinada, que hizo gala de repudiar solemnemente la frustránea política plebiscitaria, y que más bien hallaba ocasiones de aplaudir que de combatir la ardiente y algunas veces la grandilocuente y soberbia tribuna de la oposición. Todo el prestigio de Juárez, toda la influencia que daba á Lerdo su talento, que se comparaba al del gran canciller Bismarck, todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra formidablemente armada de cifras y datos, todo el crédito de la infatigable laboriosidad de Romero y el temor por la acción cada vez más firme de Mejía sobre el elemento armado, se aplicó á disciplinar y á gobernar plenamente la mayoría parlamentaria, y así comenzó á vivir la República en su segunda era.

No la seguiremos paso á paso. Pero sí haremos constar que, á pesar de los obstáculos que hemos apuntado y de la sorda resistencia que oponía á la evolución gubernativa una buena parte de la sociedad mexicana en los grandes centros, sobre todo en México, Puebla, Guadalajara, San Luis, Mérida; resistencia compuesta de retraimiento de los ricos desconfiados y recelosos, de resentimiento de los grupos conspicuos que habían quedado heridos y ensangrentados á la caída del Imperio, y de miedo de los que veían en la Reforma, encarnada en Juárez, una empresa antirreligiosa, en vez de una arma anticlerical; á pesar de todo ello, el Gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía superior para el trabajo apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer respetar su autoridad y de mantener á todo trance el orden, y el país volvió á la vida normal.

Como por ensalmo, los ánimos comenzaron á serenarse, los capitales á entrar en circulación, y la solvencia del erario y el pago casi siempre regular del ejército de empleados, que constituye importantísimo elemento social y mercantil, dieron cohesión creciente al poder. Este estado de cosas se reflejó en el exterior; los intereses extranjeros aquí radicados, ejercieron su fuerza de atracción sobre los que fuera de aquí estaban en conexión con ellos, y el gran problema de las vías de comunicación tuvo un principio de solución al organizarse definitivamente los trabajos que iban á unir con un gran ferrocarril la capital, no sólo política sino mercantil de la República, con el principal de nuestros puertos.

En otro orden de actividades puso el Gobierno la mano con impulsadora energía: Juárez creía de su deber, deber de raza y de creencia, sacar á la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, á un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor, y el principal instrumento de esta regeneración, la escuela, fué su anhelo y su devoción; todo debía basarse allí. Un día dijo al autor de estas líneas, estudiante impaciente de la realización repentina de ideales y ensueños: «Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando á los indios; éstos necesitan una religión que les obligue á leer y no les obligue á gastar sus ahorros en cirios para los santos.» Y comprendiendo que las burguesías, en que forzosamente se recluta la dirección política y social del país, por la estructura misma de la sociedad moderna, necesitaban realmente una educación preparadora del porvenir, confió á dos eximios hombres de ciencia (uno de los cuales tenía toda la magnitud de un fundador) la reforma de las escuelas superiores; la secundaria, ó *preparatoria*, resultó una creación imperecedera animada por el alma de Gabino Barreda.

Flor de aquellas horas de esperanza y de reposo, cuyo perfume era el espíritu mismo de la patria resucitada, la literatura tuvo su epifanía triunfal. Tornó la República á oír las voces amadas de sus grandes oradores, de sus grandes poetas: Ramírez, Altamirano, Prieto, Zamacona, Zarco, y, á su sombra refrigerante y fecunda, las de los dioses menores y del enjambre sonoro de los nuevos, de los que tenían veinte años. A ellos vinieron los vencidos, y parecía que al son de la lira una nueva república de concordia y de amor iba á levantarse en la aurora de la era nueva.

II

Por desgracia, las nubes malas se alzaban en el horizonte; ya lo hemos dicho, jamás había habido en la República, á pesar de haberse sucedido sin interrupción las guerras civiles y los estados anárquicos, una masa de gente armada semejante á la que estaba en pie en todos los ámbitos del país, de Yucatán á Sonora, al día siguiente del triunfo; los Estados, al reabsorber una gran mayoría de esas fuerzas, cuando hubo sido hecha la selección del ejército nacional, se encontraron con que aquellos hombres hechos á la aventura, al merodeo, al pillaje, al combate, desdeñaban el trabajo industrial ó agrícola, tan poco remuneratorio que parecía irrisión ofrecérselo; les era más ventajosa la guerrilla por cuenta de cualquier plan político, ó la gavilla por cuenta propia, y no era fácil distinguir los matices que diferenciaban unos grupos de otros. Esta era la substancia, el plasma que debía aglutinarse en torno de núcleos que á toda prisa se constituían á la vista del Gobierno, que los vigilaba y se preparaba á deshacerlos. Los oficiales excluidos del ejército, injustamente no pocos, por necesidad muchos, otros por razones claras de dignidad y conve-

niencia; los que, aunque republicanos, resultaban excomulgados políticos, porque estuvieron á punto de desintegrar en las horas más rudas de la prueba al partido republicano, y los excomulgados de la patria como traidores, que aunque estaban bien penetrados de la imposibilidad de restaurar el Imperio, eran víctimas de la imposibilidad de llevar otra vida que la militar, éstos eran los elementos irreducibles de los focos de la revuelta futura. Y como con ellos confinaba el ejército mismo, resultaba éste accesible á la tentación, al soborno, á la indisciplina y á la rebelión, no en su cuerpo mismo, pero sí en muchos de sus componentes viciados, aquellos, sobre todo, que intentaban, bajo la influencia de las tendencias locales, resistir la acción cada vez más concentradora del gobierno federal.

A raíz de la elección de Juárez, que fué, como hemos dicho, un gran acto de honra nacional, las manifestaciones esporádicas de la anarquía latente comenzaron; pero á todas se sobreponía un gran esfuerzo del país para vivir en paz y un gran esfuerzo del Gobierno por mantenerla. Desde entonces esta idea entró en lo más hondo del cerebro nacional, fué una obsesión: la paz es nuestra condición primera de vida; sin la paz marchamos al estancamiento definitivo de nuestro desenvolvimiento interior y á una irremediable catástrofe internacional.

Pero el Gobierno agotaba sus recursos á medida que hacía sentir su acción á mayor distancia: ya en Sonora y Sinaloa, en donde las enconosas rencillas locales encendían la lucha; ya en Yucatán, en donde el imperialismo había tenido gran séquito, y en donde, si ya había muerto como programa, vivía como rencor, y ya en el centro mismo, en Puebla, de que estuvo á punto de adueñarse un voluble y quimérico *condotier* de nuestras reyertas fraticidas, aquel que tuvo la suerte de retener un día, en los bordados de su *kepi* de general, un destello del sol de Mayo de 62 y que fraguó el asalto de una «conducta de caudales» con el mismo desplante con que tramaba un plan político. Todo ello era sintomático de un estado agudo que precisaba transformar á todo trance: las medidas conducentes á precipitar la evolución mental del pueblo mexicano por medio de la escuela, y la evolución económica por medio de la vía férrea, no se descuidaron, sin embargo, un momento; pero eran de resultados muy lentos y hervían los elementos malos.

El ejército mismo, mal retribuido con frecuencia, resistente á todo trabajo severo de reorganización, minado por las ambiciones de los jefes, tradicionalmente habituados á encontrar el premio del ascenso en la lotería del pronunciamiento, y complicado en las contiendas políticas de los Estados, en que había un grupo siempre dispuesto á arrancar por la violencia del poder y de la caja del erario al grupo gobernante, el ejército mismo comenzó á ser una amenaza. Pero esto sirvió para probarlo, rehacerlo y disciplinarlo mejor; por dondequiera el Gobierno se sobreponía y castigaba rudamente á los rebeldes, y eso que alguna vez la asonada fué formidable y envolvió á los Estados más importantes del interior, como San Luis, Zacatecas, Jalisco. La represión solía ser muy sangrienta; mas ella indujo á la masa social á comenzar á creer que el Gobierno se sobrepondría á toda revuelta; era una esperanza.

Pero llegó la época electoral en pleno trabajo de reconstitución, en lo más delicado y difícil de una labor penosísima; ni en la Cámara, ni en la prensa, ni en la opinión aparecía un caudillo capaz de hacer contrapeso á Juárez; Lerdo, á pesar del gran prestigio de su inteligencia y del grupo de hombres importantes que le rodeaba, no era popular y no podía aspirar á la suprema magistratura sin el apoyo de Juárez; el general Porfirio Díaz, que con sus laureles inmarchitos y gloriosos había pasado de la victoria al retraimiento, era el centro de los anhelos, de los despechos, de los resentimientos del elemento militar excluido del presupuesto ó excomulgado de la vida pública; su ascendiente, su entereza, su probidad lo habían transformado de caudillo militar en caudillo político, y era temible, y era popular, como lo son siempre los hombres de espada cuando se les cree capaces de acometer una gran empresa y triunfar; mas había gran desconfianza de sus aptitudes de estadista y su popularidad propia no se transmitía á sus amigos civiles, que todos señalaban y á quienes parecía irremediabilmente subalternado.

La brevedad del periodo presidencial, copiado de la Constitución de los Estados Unidos, pueblo en que los factores de estabilidad tienen incalculable potencia, nos condenaba ó á obras gubernativas diminutas y fragmentarias, ó á renovar periódicamente, con las reelecciones, el argumento de la violación del sufragio, bastante ridículo en un país cuya inmensa mayoría no votaba, pero que tenía que producir gran efecto,

TOMO SEGUNDO

Historia política

CONCLUSIÓN. — LA ERA ACTUAL

México. — Plaza de la Constitución é iglesia catedral